



Colaboración Infantil



Las dos clases

En la sociedad los seres se dividen en dos clases: la clase productora y la parásita. La primera es aquella que produce las grandes riquezas sociales y elabora los valores morales que engralan los porvenires humanos.

La segunda clase, la parásita: es la que vive a expensas del dolor, de la angustia y de la prostitución de la primera, desbaratando los más preciados valores que ésta extrae del sagrado laboratorio de la ciencia, del arte y del trabajo.

Los productores tenemos la alta misión de luchar en conjunto, para sacar del paso a todos los parásitos que liban las dioramas micles de nuestra cosecha.

Emancipémonos y emancipemos; sólo así podremos destruir las fealdades que estigmatizan nuestro mundo moral y entrar alborozados en la deslumbrante ciudad del porvenir: en anarquía.

Aurelia Mancebo.

Bs. Aires. 13 años.

Primeras Reflexiones

Hermanitos: ¿Habéis visto el odio que tienen los ricos a los pobres? ¿Y por qué hay ese odio? ¿Sabéis por qué hay ese odio entre los ricos y los pobres? No?

Es porque los ricos van vestidos con muchos trajes de seda, y los pobres van con un vestido todo roto.

Y los ricos se rien de los pobres.

En embargo, a pesar de mi corta edad, he llegado a comprender que no es justo ni humano lo que sucede. Por que entiendo, por lo contrario, que el obrero es quien debe odiar al burgués. Por que el obrero es el que todo lo trabaja sin tregua ni descanso. ¡Si no fuera por el obrero, que es el que todo lo produce y todo lo trabaja!

El rico, al contrario, está bien sentado mirando como el obrero trabaja. El burgués disfruta del sudor del pobre. ¿Por qué el pobre no se rebela contra el rico? ¿Por qué el pobre agacha el lomo y sigue trabajando como un burro?

El rico va al campo cuando hay que recoger el fruto que el obrero ha estado trabajando todo el día en invierno, aunque llueva, granice y nieve.

Sin embargo, el rico está en su casa, o mejor dicho, en su palacio bien abrigado, para que no sienta frío. Los hijos de los pobres andan todos rotos por las calles del pueblo, pidiendo limosna. Los hijos de los ricos, al contrario, cuando van los hijos de los pobres a pedir pan, ellos se rien, porque van con el vestido todo roto y descalzos.

Hermanitos: Rebelemos contra tal estado de cosas! Unámonos nuestras fuerzas para derrocar este régimen inhumano que permite que el que todo lo produce viva en la más espantosa miseria, mientras que el que nada produce vive en la abundancia.

Alicia F. Ruiz. 10 años.

(Discípula de la escuela racionalista que dirige la compañera Juana Rouco)

Los traviesos

(Cuadrito Infantil)

Original de Fermín Cascón, 11 años de edad, discípulo de la escuela racionalista que dirige la compañera Juana Rouco.

Personajes

Don Alfredo	40 años
Doña Juana	35 años
Carlos	12 años
Catalina	10 años

Escena I

La escena representa una humilde habitación de campo. En el centro un brasero y una pava. Al levantarse el telón, don Alfredo, sentado, al lado del brasero y engrasando un bozal, aparecerá en escena. Doña Juana, impaciente, paseándose por la escena, entrando y saliendo por el foro, estará cebando mate a don Alfredo.

Dn. Al.—¿Qué chicos! Todo el día andan por la calle. Cuando vengan les voy a dar un repunte. (Dirigiéndose a doña Juana) ¡Pero qué repunte!

Dña. Jna.—Es que con el repunte no obedecen... vamos a tener que agarrar el rebenque.
Dn. Al.—No hay más remedio que hacer eso. ¡Calentarles las nalgas p' q' aprendan a ser buenos y obedecer a su tatal!

Dña. Jna.—¡Claro! Con tantos mimos se estan haciendo sobones y desobedientes. ¡De vez en cuando es buena la lonja! (Mutis de doña Juana)

Escena II

Carlos y Catalina aparecen por foro, todos sucios.

Dn. Al.—¿Cómo vienen así?
Carlos.—(Llorando) Papá... Es que nos voltió el petiso.

Dn. Al.—¡Q' petiso ni niño muerto! Lo q' les ha pasado es q' han andao tiraos por el suelo.
Catalina.—(Llorando) Sí papá... Nos voltió el petiso en un charquito.

Escena III

Dichos y doña Juana

Dña. Jna.—(Entrando) Tomá Alfredo. (Le entrega un saco y sorprendida por los chicos, exclama: ¡Cómo vienen así; qué es eso bribones, han andado revolcándose?)

Car.—No mamá... Es que nos voltió el petiso.

Dña. Jna.—(Enojada) ¿Adónde se han andado revolcándose, prontito, díganlo?

Car.—En ninguna parte, mamá... Fuimos a lo de Pancha.

Dn. Al.—¡Pero que chicos desobedientes! ¿No les dije q' fueran ver las vacas?

Car.—Sí papá, fuimos; estan toditas pastoriando en el rezo que todavía está sin arar.

Dña. Jna.—(Gruñona) En mi vida he visto unos chicos tan desobedientes, tan malos, tan callejeros, tan... ya no sé ni que decir de ellos.

Car.—Es que Pancho ros llamó para decirnos que se les murió el perro que tenían y... fuimos

Dn. Al.—¿Y los llamó para el velorio?
Car.—Es que a los animales no se les hace velorio.

Dn. Al.—(Finge mutis por foro) Me voy...
Car.—¿Dónde vas, papá?

Dn. Al.—A buscar el rebenque.
Dña. Jna.—¿Para qué?

Dn. Al.—Para nada... (Hace mutis)
Car.—(A su mamá que finge irse) ¿Dónde vas, mamá?

Dña. Jna.—A la pieza. (Hace mutis)
Car.—Ché, Catalina.

Car.—¿Qué querés?
Car.—¿Vamos a agarrar el petiso y nos vamos a ver a las vacas?

Car.—Bueno... vamos.
Car.—Mira: si nos pregunta papá le decimos...
Car.—Si nos preguntó... no te acordás?

Car.—Sí, es cierto que nos preguntó.

Escena IV

Dichos y don Alfredo

Dn. Al.—(Entra con un rebenque, enojado) Vayan a ver las vacas y no se queden jugando, sino les voy a dar una paliza... (Los amenaza).

Car.—Bueno; vamos, Catalina.
Car.—Vamos. (Ambos hacen mutis)

Escena V

Dña. Jna.—(Entrando por foro) ¡Ché, Alfredo, dónde están los chicos?

Dn. Al.—Se han ido a ver las vacas.
Dña. Jna.—(Asomándose al foro) Ché. Catalina, vení a cambiarte la ropa.

Escena VI

Dichos y Catalina

Dn. Al.—Ché vieja, cebame mate.
D. Jna.—Bueno. (agrra el mate y tira la yerba)

D. Al.—No la tirés que está güena, pues.
D. Jna.—Tomá viejo. (le da el mate)

D. Al.—Mañana me tengo q' ir. ¡Pchá digo con esos novillos!

D. Jna.—¿Y dónde tenés que irte?
D. Al.—P' el campo a llevar un lote d' novillos.

D. Jna.—¿Vas a dar pronto la vuelta?
D. Al.—No sé, tal vez prontito.

Escena VII

Dichos y Catalina

Cat.—Mamá: ¿dónde está el vestido?
Dña. Jna.—En el baúl, chica, no me impacientes... (Mutis de Catalina; don Alfredo finge irse por izquierda)

Dña. Jna.—¿Dónde vas, Alfredo?
Dn. Al.—A buscar el freno.

Dña. Jna.—Para qué?
Dn. Al.—Para engrasarlo. ¡Pchá digo, parecés una adivina por lo preguntonal... (Hace mutis)

Escena VIII

Dichos y Catalina

Dña. Jna.—(A Catalina que entra por foro) Ché, Catalina, andá al fondo a buscar la escoba y barré la cocina.

Cat.—Bueno, mamá. (Hace mutis)
Dña. Jna.—¿Qué estará haciendo Alfredo que tarda tanto?

Escena IX

Don Alfredo y Catalina

Cat.—Papá: para qué llevas el freno?
Dn. Al.—Para engrasarlo.

Dña. Jna.—(A Catalina que permanece sin barrer) Barré, Catalina, no seas haragana, chica.

Cat.—Bueno, mamá. (Empieza a barrer)

Escena X

Dichos y Carlos

Car.—Papá: ya dí vuelta las vacas.
Cat.—(Contenta) Entonces... andá a buscar la pala.

Car.—Bueno. ¡Con que ganas me esperabas, eh! (Hace mutis)

Cat.—(Sunriéndose) Mamá: sacá el brasero de ahí.

Dña. Jna.—Bueno. (Quita el brasero)

Escena última

Dichos y Carlos, que entra agitado

Car.—Catalina... Catalina... tomá la pala... ¡Qué susto! ¡Qué víbora!...

Cat.—¿Qué susto ni que pito de flauta! Vení, tenéme la pala para echar la basura.

Car.—(Agitado) Esperáme un poco, tengo que irme a cambiar. (Finge hacer mutis por izquierda, agarrándose los pantalones)

Cat.—(Impaciente) Vení, tenéme la pala primero y después te vas a cambiar.

Dn. Al.—¡Pero qué chicos camorroneros! (Agarra el rebenque y hace ademán de pegarles; mientras tanto Catalina váse por foro, corriendo, con la escoba en una mano y en la otra la pala llena de basura, que irá desparramando)

Car.—(A un rincón de la escena, agarrándose los pantalones, asustado) ¡No me pegues papá... fué la víbora... fué la víbora... Mientras tanto, cae lentamente el

TELON

Nota de Redacción.—Publicamos este booceto infantil, no por creer que él encierra un estudio—que nunca puede producir un cerebro de once años—pero sí, conocedoras que nos conceptuamos de la psicología infantil, lo hacemos con la certidumbre que esto servirá para su autor, como un impulso y primera excursión al campo de las «letras», quien se lanzará con entusiasmo a dar rienda suelta a las primeras flores de su joven y locuaz inteligencia.

«Los Traviesos», no es, ni más ni menos, que el fiel original de su autor, salvo nuestra corrección que le hemos hecho en las puntuaciones. Por que entiendo que es sumamente ridículo, que un padre o una madre, un maestro o cualquier perico, haga ostentar privilegios de inteligencia, a su hijo o discípulo, con la inteligencia de ellos.—Juana Rouco.

Lo que me dijo la maestra

La maestra me dijo que la patria es mi madre.

Yo pregunto a mis compañeritas: ¿La patria es nuestra madre? No. A mi poco conocimiento, no es la patria nuestra madre.

Nuestra madre, natural, es la que nos ha engendrado por un deseo natural.

Y ella es la que nos ha dado el ser. De ella es de quien yo he recibido los primeros besos, las primeras caricias; y no de esa «madre patria» que es la culpable de que se cometan los crímenes más horrendos y siembra el odio en los cerebros de nosotros los niños, que creyendo que vamos a recibir luz, lo que nos enseñan es obscurantismo, para así atrofiar nuestro cerebro.

De esa manera somos víctimas de la enseñanza. Por que en vez de enseñarnos lo natural, que es lo que precisamos para que en el mañana no seamos otras tantas víctimas como las que hoy estruja entre sus garras el capital.

Para evitar este mal, yo invito a todas mis compañeritas y compañeros que estamos juntos en el colegio, que cuando la maestra nos quiere enseñar, en vez de la verdad, la mentira, nos rebelémos y le hagámos ver con la verdad que aunque niños, no nos va a hacer creer que nuestra madre es la patria.

Maria Cañadas.

11 años.

Impresiones Dolorosas

He ido al campo y he visto hombres dechalando maíz, que luego manda el patrón a otros peones a buscar para entorjarlo. Esta labor bestial de los juntadores de maíz y de los que lo recogen del rastrojo, es recompensada por un miserable sueldo.

Si el patrón les paga a \$ 1.50 la fanega, después el la vende \$ 7.00. Es de notar aquí la ganancia que le queda al patrón.

Trás de el no haberlo sacado, gana el triple. El se queda en casa disfrutando del sudor del pobre. El peón no; se tiene que levantar temprano. Yo he tenido la oportunidad de presenciar dichos trabajos. Viven, mientras dura la cosecha de maíz, en una pobre choza de chapa o de paja y comiendo malamente; he visto que con el roce de la chala se les agrietan las manos; duermen en un miserable catre y otros tirados en el suelo y tapados con un poncho viejo. Y el patrón está en su casa rodeado de todas las comodidades. ¿Por qué esa desigualdad? ¿Acaso el pobre no tiene tanto derecho como el rico a disfrutar de lo que la tierra produce? ¿No es él quien fecunda la tierra con su sudor?

El obrero es quien ara la tierra, siembra y recoge el trigo y otros cereales.

El patrón no se preocupa más que de cobrar y mandar. Y esto se realiza sin una protesta por parte de los obreros tan explotados. Es por esto que encabezó mi pequeño artículo con impresiones dolorosas, doblemente dolorosas, pues es penoso ver la forma miserable en que viven y lo penoso que son las tareas de los obreros del campo.

Pedro Ruiz. 12 años.

(De la escuela racionalista)

in CI